



Buenos Aires, abril de 2018

Circular N° 580

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados.” (Lucas 7:47-48)

Estas palabras de nuestro Señor Jesucristo están dirigidas al fariseo que le pidió que fuera a su casa. Dice en los versículos anteriores:

“Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro.” (vers. 36-40)

En primer lugar: es el fariseo quien invita a Jesús a su casa. Al llegar, la mujer sabiendo que Jesús estaba allí, se coloca a sus pies y llorando lo unge con un perfume muy caro. Se estima que su costo era equivalente a los jornales de todo un año de trabajo. Por un lado vemos la imagen de un hombre que se siente digno de invitar a Jesús a su casa, por otra parte, a una mujer que se acerca a Él reconociendo su condición de pecadora, por lo que no dejaba de llorar postrada a los pies del Señor. En ese momento Jesús relata una pequeña parábola acerca de dos acreedores. Uno debe una suma significativamente mayor que el otro y ambos son perdonados de su deuda. Entonces pregunta:

“¿Cuál de ellos le amará más?... Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. (vers. 42 y 44)

Podemos observar dos posiciones de corazón muy diferentes frente al Señor. Ambos le reconocen, pero el fariseo se arroga derechos ante Él y la mujer, en cambio, sabe que no los tiene. Podríamos considerar que el hecho de ser hijos de Dios, de vivir en fidelidad o intentar hacerlo, de participar de los Servicios Divinos o llevar una cantidad de años en la Iglesia nos hace merecedores de derechos y reconocimientos, pero la realidad es que todo es gracia, es amor que no merecemos que nuestro Padre celestial nos ha dado a cada uno de nosotros en forma personal. Jesús nos enseñó a llamarle “Padre nuestro, que estás en los cielos”, involucrándonos en su relación con Él ¡y eso por gracia! Por lo tanto, reconociéndola, no dejemos de observar con qué posición de corazón nos presentamos ante al Señor. En el fariseo fue notoria, al surgir en él el pensamiento: “Este si fuera profeta conocería...”. Cuestiona al Señor. Y Jesús responde a su pensamiento con la referida parábola. Nos podría suceder, que reconozcamos al Señor y busquemos su cercanía, pero si lo hacemos sin la debida humildad, seguramente surgirán condicionamientos y,



finalmente, en algún punto nos sentiremos defraudados porque no cubrirá nuestras expectativas basadas en la valoración humana de todas las cosas.

Es así, que como le pasó a este fariseo, nos podría pasar que no nos demos cuenta del tributo que debemos rendir a Dios, considerando que con solamente dejarlo entrar a nuestra casa–corazón es suficiente y meritorio, lejos de la debida posición interior de hacerlo inclinados, llorando a sus pies reconocedores de nuestra condición y la gracia que nos tocó. Desde esa posición de corazón cuestionamos la palabra a partir de nuestra valoración del vocal, considerando que tenemos mayor conocimiento de la realidad. Este hombre pensaba para sí: Si fuera profeta, no haría esto, no dejaría que le toque los pies. Pero Jesús sabía, no solamente quién era la mujer y quién era el fariseo sino también lo que pensaba cada uno.

No desechemos ninguna de las palabras que el amado Dios nos regala desde su altar.

No condicionemos nada de lo que Dios nos dice, porque Él nos conoce más que nosotros mismos.

Dice entonces nuestro texto de hoy: *“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados.”*

¿Nos damos cuenta de lo que Dios nos ha regalado, de lo que significa la gracia, el amor no merecido del que somos beneficiarios, del hecho de que Jesús haya venido a la tierra y muerto por nuestros pecados, para que podamos tener acceso a la comunión con Dios? Porque el ser humano estaba tan lejos de Dios. Jesús hombre al experimentarlo expresó: “Dios mío, por qué me has desamparado” (Mateo 27:46). Hoy por el amor de nuestro Señor Jesucristo tenemos la oportunidad de acercarnos a Él a través del Santo Bautismo de Agua por el cual también es perdonado nuestro pecado original.

Hermanos, ¿qué sería de nosotros si no pudiéramos acceder al Bautismo de Agua? Donde nos confesamos pecadores y necesitados de la gracia de Dios, con la misma posición de corazón de la mujer a los pies del Señor, si no tuviésemos la oportunidad de hacer pacto con Él, rogando nos sea quitado el pecado original y acercarnos a Dios, dispuestos a transitar el camino que Él nos muestra. Cuánta gracia es, también, tener la oportunidad de que nos perdone nuestros pecados individuales, los que vamos cometiendo a lo largo del día, de cada uno de los días, cuando transgredimos alguno de los Diez Mandamientos. En nuestra concupiscencia, cuando menos lo esperamos, estamos deseando tener lo que tiene el otro o estamos colocando una pequeña mentira para quedar “bien parados”; de repente estamos faltando al amor y respeto que debemos a nuestros padres, tomamos el nombre de Dios en vano, o tenemos algún dios ajeno a nuestro Padre celestial.

Muchas veces venimos al Servicio Divino; pero si lo miramos en el contexto el primer lugar lo ocupó el día de reposo, porque hemos hecho muchos planes para después del mismo. ¿Y cuánto me he santificado previamente para el Servicio Divino? Estar antes, rogar, vivirlo, ¿qué será lo que el amado Dios me va a alcanzar? ¿Qué me querrá mostrar mi Padre? Tenemos la posibilidad de que en cada oportunidad sean perdonados nuestros pecados con un efecto pleno. Dios quita el pecado y en función de nuestro arrepentimiento quita la culpa. Y si Dios nos perdonó, ¿quién nos va a poder juzgar? (Romanos 8:33)

También en esto debemos ser cuidadosos de que los espíritus del maligno no se sigan sirviendo de nuestro error para hacernos sentir culpables, menguar nuestras fuerzas y autoridad interior, que surgen de la gracia y del don del Espíritu Santo. ¿Nos hemos puesto a pensar cuántas veces habremos traído el mismo pecado para que Dios nos lo perdone? ¿Y los nuevos? Sin embargo, volvemos a escuchar las palabras de absolución que escuchó



la mujer pecadora... ¡cuánta gracia! Que podamos reconocer lo que significa el perdón de nuestros pecados para poder amarle cada vez más intensamente. Que podamos reconocer todo lo que nos ha dado Dios para que le amemos con una profunda determinación de no defraudarlo y de serle fiel hasta el fin, sirviéndole con el amor con que Él nos ha amado.

En 1 Corintios 13 habla de la preeminencia del amor y menciona que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Al contemplar el amor que el Señor derramó en nosotros, afirmamos aún más el propósito de amarlo más y más profundamente, sabiendo que ello debe replicar en amor al prójimo y en nuestra disposición a perdonar como Él nos ha perdonado. Allí podemos encontrar una señal de cuánto vamos creciendo, cómo se desarrolla la nueva criatura en nosotros.

Dice luego en el último versículo, el número 50, de este capítulo de Lucas: *“Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.”*

Toda esa experiencia, todo ese alivio, todo ese amor puesto de manifiesto en ese encuentro con el Señor, toda esa ayuda, todo lo pudo vivir por su fe. Nosotros queremos vivir con esa misma fe en nuestro Señor Jesucristo. Tenemos que creer en Jesús. Y uno podría decir: sí, yo creo, yo tengo fe, pero se trata de vivir en la fe, vivir en el Evangelio, no alcanza con asistir a los Servicios Divinos, orar y hacer buenas obras, se trata de vivir en y por el sentir de Jesús. La diferencia entre creer en Jesús y vivir en la fe y en el Evangelio es la de las actitudes del fariseo y las de la mujer frente al Señor (vers. 44 – 46). Permanezcamos viviendo en Cristo, como lo describe el Apóstol Pablo en Gálatas 2:20. Es Jesús el único camino de salvación. Y en Hechos 4:12 dice: *“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”*

Entonces, si creemos en Jesús, ¿qué relación tenemos con Él? ¿Podemos creer en los efectos del Bautismo de Agua? Tal vez pensamos: yo era muy pequeño en ese entonces. Pero después fuimos reafirmando ese voto que hicieron nuestros padres, también con nuestro Santo Sellamiento. ¿Podemos creer en el hecho redentor en nuestras almas cuando hemos recibido del don del Espíritu Santo? ¿Podemos creer en el perdón de nuestros pecados que recibimos por encargo de Jesús a los Apóstoles y de ellos a los ministerios sacerdotales? Y que ya no habrá más culpa. Así, en la fe, también el amor va creciendo.

Nos podríamos preguntar: ¿qué puedo hacer yo para responder a ese amor? Al amor hay que cultivarlo; como en un matrimonio, en un noviazgo, entre padres e hijos... son esos diálogos a los que no se debe renunciar. Más allá de que la tecnología hoy en día sea tan atrayente. Que podamos tener los espacios de tiempo para hablar las cosas que hay que hablar, para poder llegar a lo profundo, para poder conocer a los hijos, y los hijos a los padres. Darnos a conocer.

Es vital también el tiempo que podemos destinarle a nuestro Padre celestial, observando permanentemente nuestra forma de hablar, de proceder y de pensar, no asumiendo que Jesús está allá lejos sino sabiendo que está con nosotros todo el tiempo y que debemos vivir en Él, en su Evangelio y en su amor. ¿Medimos nuestras palabras? Y cuando las empezamos a medir, ¿podemos identificar el origen de lo que impulsó eso que tuvimos que refrenar, de lo que íbamos a decir? ¿Cuál fue el sentimiento? Porque Él conoce nuestros pensamientos y las intenciones de nuestro corazón. A quien amamos, le queremos agradar permanentemente y que pueda ver, cuando nos equivocamos, que nos arrepentimos verdaderamente, sin buscar excusas. De su perdón, bajo esas condiciones, proviene la paz verdadera.

